



Cassera, Sofía. "Niñez y devenir animal".  
*Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, marzo de 2018, vol. 7, n° 13, pp. 87-97.

# Niñez y devenir animal

Childhood and animal becoming

Sofía Cassera<sup>1</sup>

Recibido: 24/05/2017  
Aceptado: 05/10/2017  
Publicado: 12/03/2018

## Resumen

Jesús Carrasco con *Intemperie* (2014) pone en el centro de la narrativa española contemporánea a un niño que se encuentra atravesado por un orden en el que impera la violencia y la vulneración sobre su cuerpo y cuya única salida es la fuga. El escape actúa como rompimiento del orden impuesto para el establecimiento de otros nuevos y en ese proceso el niño es quien se debe *hacer vivir* (cf. Foucault). A su vez, el *hacer-vivir* se encuentra ligado al *devenir-animal* que, siguiendo la tesis biopolítica de Gabriel Giorgi (2014), actúa como (des)figuración en el cuerpo-niño y como configuración de nuevos modos de vida. En el siguiente artículo, propongo indagar de qué manera dicho devenir se presenta, y en consecuencia, cómo se reconfigura su vida.

## Palabras clave

Niño; violencia; hacer-vivir; devenir-animal.

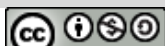
## Abstract

Jesus Carrasco with *Intemperie (outdoor)* (2014) puts at the center of the contemporary Spanish narrative a child who is crossed by an order in which violence and vulnerability prevail over his body and whose only way is escape. Escaping acts as a break in the order imposed for the establishment of new ones, and in that process the child is the one to *make to live* (Foucault). In turn, the *make-live* is linked to the *becoming-animal*, which, following the biopolitical thesis of Gabriel Giorgi (2014), acts as (dis) figuration in the child-body and as a configuration of new ways of life. In the following article, I propose to inquire into the way in which this development occurs, and consequently, how his life is reconfigured.

## Keywords

Child; violence; make-live; becoming-animal.

<sup>1</sup> Estudiante de la Licenciatura en Letras desde 2012 (Universidad Nacional del Litoral). Ha conformado el grupo de Mediación de Lectura de la Asociación Civil Barriletes desde 2012 hasta 2014. Se encuentra cursando las últimas materias de la Licenciatura. Contacto: [sofia\\_cassera@hotmail.com](mailto:sofia_cassera@hotmail.com).



## Introducción

**E**n 2013 Jesús Carrasco debuta como escritor y publica su primera novela *Intemperie*. Lo llamativo es que con este texto el autor coloca en el centro de la narrativa española actual a un niño cuyo cuerpo es atravesado por una constante violencia. Esa violencia lo obliga a escapar pero no cesa, puesto que en su fuga debe sobrevivir a la intemperie y a los hombres que lo persiguen. Ya no se halla resguardado como hace ocho siglos antes *El niño judío* de Gonzalo de Berceo. En este milagro el niño fue arrojado al fuego por su padre al saber que había comulgado, sin embargo su cuerpo no sufrió ningún daño dado que milagrosamente lo salvó la “dueña que estaba / enna siella orada // con su fijo en brazos / sobre'l altar posada” (369).

Es importante aclarar que la niñez en la Edad Media no existía como concepto aunque a mediados del siglo XII la representación de la misma comenzaba a acercarse a la concepción moderna:

La evolución hacia una representación más realista y más sentimental de la infancia comenzará muy pronto en la pintura: en una miniatura de la segunda mitad del siglo XII aparece Jesús en pie, con una camisa fina, casi transparente, que con ambos brazos estrecha a su madre, mejilla con mejilla. Con la maternidad de la Virgen, la pequeña infancia entra en el mundo de las representaciones (Ariès 1987: 84).

En el ámbito de las letras, *Los milagros de Nuestra Señora* es un claro ejemplo de ello. En este sentido se entiende que la niñez se mantenía velada y cuidada al estar ligada al culto mariano. En la actualidad, por el contrario, se pone en evidencia que paralelamente al constante crecimiento del interés por la niñez crece la vulneración que se produce sobre ella. Esta ambigüedad se debe a que nuestra época, debido a los avances en las ciencias y en la tecnología, como explica Martha Benítez:

hace del niño un objeto apesado en las redes de la economía de mercado. A la vez hoy en día se promueve fervientemente la especialización desde distintas disciplinas científicas, para abordar al niño y ocuparse “mejor” de él. Incluso la “llegada” del niño al mundo puede ser propiciada por técnicas de la instrumentación científica. El niño se convierte así en depositario de una ficción paradójica de amor, de odio o de ignorancia. Se trata de formas de la pasión agitadas por el fantasma del niño admirado, amado, golpeado, gozado, que todos los hablantes compartimos por habitar el lenguaje. Se habla del *niño* casi constantemente, a veces con mesura, lo necesario y suficiente para dar respuesta a la problemática del *niño actual* (2014: 2).

Como expresión máxima de violencia, dicha objetivación lejos de poner al niño en un lugar de privilegio cuyos derechos se encuentran protegidos, lo coloca en una posición de debilidad y exposición a la manipulación y dominación tanto de su cuerpo como de su vida. Esto se vincula con lo que Michel Foucault denomina el *hacer vivir*:

Y yo creo que, justamente, una de las transformaciones más masivas del derecho político del siglo XIX consistió, no digo exactamente en sustituir, pero sí en completar ese viejo derecho de soberanía –hacer morir o dejar vivir– con un nuevo derecho, que no borraría el primero pero lo penetraría, lo atravesaría, lo modificaría y sería un derecho o, mejor, un poder exactamente inverso: poder de *hacer vivir* y *dejar morir* (2001: 218).

Gabriel Giorgi retoma esta regularización que se ejerce sobre el hombre como especie, como ser viviente, para plantearla (a partir de un *corpus* latinoamericano) en concatenación con la animalidad:

la cultura inscribió la vida animal y la ambivalencia entre humano/animal como vía de pensar los modos en que nuestras sociedades trazan distinciones entre *vidas a proteger* y *vidas a abandonar*, que es el eje fundamental de la biopolítica. El animal, la cuestión animal y, en general, la cuestión de lo viviente (...) les sirvió a diversos materiales culturales recientes para traer a la superficie, al horizonte de lo visible, esos ordenamientos de cuerpos desde los cuales una sociedad traza un campo de gradaciones y de diferenciaciones entre las vidas a proteger, a cuidar, a “futurizar” (...) y cuáles son los cuerpos y las vidas que se abandonan, que se reservan para la explotación, para la cosificación, o directamente para el abandono o la eliminación (2014: 15).

Ahora bien, en *Intemperie* la cuestión animal se profundiza ya que la ambivalencia entre lo humano/animal atraviesa directamente la niñez. El niño es tomado como una vida a cosificar y a explotar, y es por eso que al poner su cuerpo en fuga el *devenir-animal* plantea nuevos modos de vida y de filiaciones para salvaguardarlo. Este concepto sigue la línea de Giorgi que se acerca a la *desfiguración*:

menos la instancia de una forma reconocible, de un cuerpo diferenciado y formado, que un umbral de indistinción, un cuerpo de contornos difusos y que conjuga líneas de intensidad, de afecto, de deseo que no se reduce a una, por así decirlo, “forma-cuerpo”. (...) Se trata, entonces, de pensar los modos en que el animal transforma las lógicas de su inscripción en la cultura y en los lenguajes estéticos, interrogando, al mismo tiempo, una reordenación más amplia de los cuerpos y de lenguajes de la cual esa nueva proximidad de lo animal da testimonio (2014: 33).

Por lo tanto, en el texto el *devenir-animal* ejerce un rompimiento del orden establecido para la apertura de nuevos órdenes en los cuales es el niño quien se debe *hacer vivir*, decidiendo sobre las vidas a salvar junto a la suya y aquellas vidas a abandonar. Aquí el orden se evidencia a partir de las relaciones que se proyectan sobre el niño y que Daniela Fumis denomina ficciones familiares, las cuales “indagan (...) en los vínculos familiares como dispositivos que condicionan y repercuten en la construcción de la mirada del mundo por parte de sus miembros, especialmente en los niños” (2012: 1299).<sup>2</sup> Esto nos lleva a cuestionarnos de qué manera el *devenir-animal* se va (des)figurando en el cuerpo-niño, y en consecuencia, cómo se reconfigura su vida.

### **El abuso como motor de arranque**

El argumento de la novela se funda en la fuga de un niño de su hogar hacia la intemperie, donde se topa con un cabrero que será su compañero en el llano, mientras es perseguido por el alguacil del pueblo con quien vuelve a reencontrarse tras la delación que realiza un tullido sobre su paradero. En el texto es llamativa la carencia absoluta de referencias tales como nombres propios y de lugares o fechas, por lo que ese vaciamiento contextual da prioridad a los cuerpos que se ven atravesados por una constante violencia, en especial el del niño. Por

<sup>2</sup> En *Intemperie*, la construcción de la identidad del niño se encuentra forjada por la utilización que hacen otros de su cuerpo como objeto de goce y económico. Esta constante violencia y vulneración hacia su persona conforman el orden imperante.

esa razón no es casual que el primer capítulo comience con la escena dentro del pozo, lo que da cuenta de que su cuerpo ya ha sido vulnerado y se mantiene expectante ante aquellos que lo buscan: “Desde el agujero de arcilla escuchó el eco de las voces que lo llamaban y, como si de grillos se tratara, intentó ubicar a cada hombre dentro de los límites del olivar” (2014: 9). En especial la espera radica en detectar al causante de su fuga que es el alguacil, quien violaba de manera sistemática al niño y cuya evidencia se presenta casi al final del texto: “dio por hecho el tormento al que sería sometido y no lloró, porque ése era un lugar que ya había visitado decenas de veces” (190).

Sin embargo, a lo largo del texto se presentan indicios que aluden al abuso, como por ejemplo la presencia de la sinécdoque que alude al alguacil: “Tensó el cuello y dejó suspendida la cabeza para poder escuchar con mayor claridad y, entrecerrando los ojos, aguzó el oído en busca de la voz que lo había obligado a huir. No la encontró, (...) y eso le alivió” (9). La misma se expone como el primer signo de ello y se refuerza con la introducción de elementos pertenecientes al oficial y que son conocidos de manera detallada por el niño, lo que denota la frecuencia de los encuentros, tal como el sidecar: “El chico conocía muy bien ese sidecar. Había ido muchas veces en él cubierto con una manta polvorienta. Le vino a la memoria el olor a grasa bajo la lana y los remates de hule craquelados alrededor de la pieza” (22); o bien la sala repleta de trofeos de caza:

Por los lienzos húmedos de sus párpados desfilaron recuerdos de la galería de trofeos que el alguacil tenía en su casa. Recordó la primera vez que entró en aquel lugar. Lo acompañaba su padre. El olor acre de la madera y los chirridos de las largas tablas de un tipo de suelo que no había visto en ningún otro sitio. Los dos esperando en el recibidor sombrío, con el padre retorciendo el gorro contra el pecho. El artesonado oscuro y la larga sala repleta de cabezas de muflones, venados y toros (83).

En este último caso se presenta la sinécdoque de las cabezas animales por la práctica de la caza. Se introduce así la simbología erótica que desde las literaturas griega y latina encierra el ritual de cacería y cuyo juego de poder trata de reafirmar la virilidad por parte de quien efectúa la persecución, mientras que aquel que es perseguido termina ocupando el lugar de dominado.<sup>3</sup> Dicha simbología recorre el texto entero ya que se presenta por parte del alguacil un dominio sobre el cuerpo-niño por medio del intercambio monetario con el padre del chico, y luego de la fuga con el deseo de captura para recuperar ese cuerpo y evitar que se revele la verdad.

En este punto es importante recuperar la ficción familiar, la cual nos permite indagar de qué manera funcionan los vínculos para el niño y por ende el orden al que es sometido. Se puede advertir que la figura paterna se presenta constantemente asociada con la figura del alguacil: “La estampa del padre, solícito y servil, volvió a su mente en compañía del alguacil” (12), por lo que evidencia la existencia de una relación triádica homofamiliar compuesta de la siguiente manera: alguacil-padre-niño. Dicha composición está regida por una lógica mercantil donde su padre no funciona más que como dispositivo económico que administra el cuerpo-niño como cuerpo de deseo entregado al alguacil para beneficio propio. El ejemplo que alude a esta cuestión es la descripción sobre el antes y el después de la sequía que azota al pueblo y que efectivamente repercute en la economía de la familia y por ende en su cuerpo. Es por esta razón que se convierte en mercancía:

<sup>3</sup> Según Pierre Bourdieu “Las manifestaciones (legítimas o ilegítimas) de la virilidad se sitúan en la lógica de la proeza, de la hazaña, que glorifica, que enaltece” (2000: 33).

Antes de la sequía, el padre atendía la barrera y se encargaba de asistir al jefe de estación en los cambios de vías. (...) Eran tiempos en los que los mercancías llegaban vacíos y se marchaban cargados con la avena, el trigo y la cebada del silo. Luego llegó la sequía y las llanuras languidieron hasta morir. Dejó de crecer el grano y la compañía de ferrocarriles desguazó los vagones o los dejó varados. Cerraron la estación y destinaron al jefe a un puesto más al este. En un año se marcharon más de la mitad de las familias. Aguantaron los pocos que tenían pozos profundos, los que habían hecho dinero con el cereal y algunos que no tenían ni una cosa ni la otra, pero que se sometieron a las nuevas reglas de la tierra seca. Su familia no tenía ni pozo ni fortuna, pero se quedó (76-77).

A partir de esa entrega el cuerpo-niño se aborda como un cuerpo-niño-roto. Como consecuencia de ingresar al círculo económico, su cuerpo se convierte en objeto y no tiene manera de escapar de él si no es por medio de la fuga o de su muerte. La imposibilidad de poder romper con el orden es gracias a que el padre actúa también como dispositivo punitivo, o bien, como proyección del dispositivo punitivo que es el alguacil:

Al final, los gruesos muros de piedra que sustentaban el tejado y enfriaban las estancias como únicos testigos. Un preludeo comunal para el cinturón gastado del padre. Hebilla cobriza rajando el aire podrido de la cocina, tan veloz como incapaz de devolver destellos. El cuadro de su afectada postración al fondo del hoyo, vuelto en su contra (14).

Lo punitivo remite a la disciplina que se ejerce sobre el cuerpo y cuyo carácter de *ley* se perpetúa en la memoria del niño aun cuando se encuentra en el llano, como se evidencia en el siguiente ejemplo donde por medio del intento de robo al cabrero recuerda el aleccionamiento que sufría en su hogar:

Tenía claro que no debía buscar la cara del hombre porque eso sería una provocación y una indecencia. Salvo la comida que ahora se terminaba el perro, nunca le había robado a un adulto y, si ahora lo hacía era porque no tenía más remedio. En su casa, las piedras de las paredes imponían una ley ancestral que dictaba que los niños debían mirar al suelo cuando eran sorprendidos haciendo algo inconveniente. Debían mostrar la nuca, dóciles como ofrendas o víctimas propiciatorias. Dependiendo de la gravedad del delito, los pescozones serían todo el castigo o sólo el preámbulo de una paliza mayor” (27).

La ley, lejos de la concepción jurídica que pueda adjudicársele, establece el orden en el que se encuentran los cuerpos: la constante violencia sobre ellos. El oficial y el padre no son más que figuraciones de ese orden imperante. Al mismo tiempo atraviesa el espacio que es tomado como el hábitat personal por excelencia y lo transforma en una zona de peligro: el hogar. Como bien expone José Miguel G. Cortés:

Muchas veces el «dulce hogar» se convierte en un infierno de opresión y humillación al ser un espacio donde reina el autoritarismo y la arbitrariedad más cruel. Para demasiadas personas es un lugar donde la distribución espacial produce y provoca la materialización de las relaciones de dominio y poder; un lugar donde, a menudo, se desarrolla la violencia física y/o psicológica contra el más débil, la opresión de género y/o las violaciones sexuales (2014: 152).

Por ello, no es casual que la novela se intitule *Intemperie* dado que no sólo remite al “ambiente atmosférico considerado como asiento de variaciones o inclemencias que obran

sobre lugares o cosas no abrigadas o defendidas contra ellas” (Moliner 2008: 951), sino también a la “inclemencia [de los elementos o *de los humores de los hombres*]” (La cursiva es propia.). El cuerpo-niño-roto se ve sometido a la intemperie en todo sentido al estar atravesado por una ley de violencia que constituye parte fundamental de su identidad.

### Cuerpo-niño-roto en fuga

En *Intemperie* (2013) no hay una caída involuntaria al pozo como en *Un recuerdo de infancia* (1978) de Roland Barthes, o en *El niño que robó el caballo de Atila* (2013) de Iván Repila, sino que el niño es quien toma la decisión de ingresar al hoyo para resguardar su cuerpo de la violencia que sufría y esperar que terminaran de buscarlo para poder seguir escapando. El pozo, en la instancia de fuga, me permite pensarlo como un nuevo comienzo en su vida ya que se presenta como una matriz, de manera similar a un vientre materno. Allí el tiempo de espera para salir del hoyo se figura como tiempo de gestación. En este punto es interesante retomar el planteo que realizan René Schérer y Guy Hocquenghem respecto a la gestación de los cuerpos:

El niño es, pues, se nos dice con la seguridad de quien afirma una evidencia, un cuerpo alógeno, una carne perfectamente extraña, un “trasplante” que por sí solo es capaz de bloquear el sistema inmunológico de la madre. Ésta no solamente no es neutral, sino que ni siquiera puede atribuírsele al útero la cualidad particular de mostrarse acogedor con el feto. El útero, como cualquier otra parte del cuerpo, dispone de un reflejo inmunológico, rechaza los cuerpos extraños. La invulnerabilidad es cosa del feto como tal, que contiene en sí el poder de imponerse mecanismos de defensa del organismo (1979: 120).

Entonces, si el feto es quien se encuentra dotado de mecanismos de invulnerabilidad que lo protegen de la madre, de manera análoga el niño dentro del pozo de arcilla posee un sistema protector contra el útero materno terroso y se prepara para nacer a la intemperie: en lugar de un vientre, un hoyo; en lugar de placenta, arcilla; en lugar de comodidad, padecimiento y dolores. Ya no se puede hablar de un cuerpo-niño-roto, sino que frente a este nuevo nacimiento comienza a operar el *devenir-animal* y por lo tanto su *hacer-vivir*.

Como bien expone Barthes, el “estar excluido no es estar fuera, es estar solo en el hueco, encerrado a cielo abierto: vedado” (1978: 133). El estar vedado en el texto funciona como la imposibilidad de volver al orden en que ese cuerpo estaba inmerso y un ejemplo de ello es la anáfora de negación que refuerza dicha imposibilidad de retorno: “Ni las horas bajo tierra, ni la orina del maestro empastándole el pelo, ni el hambre, que por primera vez le espoleaba, le resultaron suficientes para decaer en su empeño porque aún le mordía el estómago la flor negra de la familia” (14). A pesar de las adversidades que el niño comienza a sufrir en la intemperie, el deseo de escapar termina pesando más que la necesidad de volver al hogar aunque dicha necesidad se mantenga presente hasta avanzado el relato.

La fantasía de un niño de poder escapar se produce siempre dentro de una estructura que si no es de contención lo es de control y no a la inversa como sucede en *Intemperie*. El niño entendido como una red de dependencias (familia, iglesia, escuela) hasta llegar a su vida adulta, considera la fuga en su carácter fantasmático, es decir como una mera representación imaginaria, cuando hay una ruptura en la figura omnipotente y alabada del padre: “La ambición del sujeto no es otra que la de encontrar un padre glorioso, de convertirse en hijo de un padre mejor, integrándose así, de manera perfectamente natural, en el guion pasivo del fantasma” (Schérer y Hocquenghem 1979: 20). En la novela se plantea de manera contraria ya

que el niño ha materializado la fuga, se encuentra excluido de todas las estructuras y desde “el afuera” y sin posibilidad de retorno se presenta la necesidad como lo fantasmático:

Le estremecía la posibilidad de seguir su camino solo y, como un fognazo rojizo, se le aparecieron las siluetas de su casa, al borde de la vía del tren, y del silo. Regresar por decisión propia. Abandonar su desesperante lucha contra la naturaleza y los hombres y regresar a la casa. No al hogar, sino al simple cobijo. Volver en peores condiciones de las que tenía antes de partir. No era el hijo pródigo. Era él quien había repudiado a su familia y quien debía enfrentarse a su veredicto (159).

El niño al poner su cuerpo en fuga se sale de las estructuras y de la lógica en la que estaba inmerso: la administración (hecha por otros) de su cuerpo como mercancía. Él mismo se convierte en su propio administrador. Para Schérer y Hocquenghem “el niño de afuera, es decir, el que vive fuera de todo tipo de redes familiares, escolares o de vigilancia en general, resulta algo por completo inimaginable, porque es inencontrable” (1979: 54). Esa niñez que no se puede nombrar o imaginar fuera de las estructuras establecidas, en el texto es posible a partir de pensarla como *devenir-animal*, donde se configuran nuevos modos de vivir.

### Devenir animal

Al hablar de un *devenir-animal* en el cuerpo-niño-roto, estamos frente al planteo de nuevos modos de vida que lo atraviesan. Este *devenir-animal* funciona como mecanismo que borra los límites de su cuerpo y lo funde en el espacio en que se encuentra expuesto y al cual ahora pertenece. Muestra de ello es la comparación que se establece con los elementos que forman parte del llano, de “lo salvaje”, como una mata: “No le quedaba, por tanto, más opción que seguir escondido hasta que la tarde cayera, momento en el que sus extremidades de alambre podrían pasar por un matojo seco o una silueta oscura contra el sol naranja que declinaba” (15), un elefante: “Se frotó el cuerpo con tierra seca como si fuera un elefante” (18), o un perro: “Parecía como si sus aromas terrosos o la orina de la que estaba impregnado le aproximaran al mundo del perro” (26).

Asimismo, funciona como mecanismo de filiación entre el niño-cabrero-animales, que luego de la muerte del cabrero será niño-animales. Es importante resaltar dicha filiación puesto que configura una forma de comunidad disímil a la que el niño, saliente de estructuras sociales determinadas, estaba acostumbrado. En esta nueva alianza el cabrero funciona como dispositivo de salvación: es quien salva la vida del niño y le brinda una alternativa de existencia junto a sus animales. Hace de su destino una herencia e intenta que el llano sea un lugar de pertenencia para el pequeño: “sólo gracias a la presencia del pastor había sido capaz de salvar la vida” (119).<sup>4</sup> Con ese fin, aunque sea como consecuencia de la necesidad de no romper con la tradición pastoril, le transmite su saber que consiste en la administración de los cuerpos de los animales. De esta manera comienza con el burro: “Durante el desayuno asistió, por vez primera, al aparejo del burro. Una liturgia que él mismo habría de reproducir el resto de su vida y que, con el tiempo, pasaría a formar parte de un ritual mayor: el del oficio y el tránsito” (55). Y sigue con las cabras cuyo ejemplo evidencia la necesidad de la transmisión aun cuando sus vidas se hallan amenazadas por la aparición del alguacil:

<sup>4</sup> Este tipo de filiaciones fuera del seno familiar visibiliza las reconfiguraciones que atraviesan los cuerpos-niños en pos de erigir sus identidades, como sucede en “La lengua de las mariposas” (1995) de Manuel Rivas, donde la memoria de Moncho se constituye en torno a la imagen de su maestro, puesto que es junto a éste que logra encontrar por primera vez su lugar de pertenencia.

Cuando terminaron, el viejo le pidió al muchacho que se sentara junto a él. —Te voy a enseñar a ordeñar. El muchacho miró al pastor sorprendido. En otro momento sus palabras hubieran sido motivo de alegría para él. Sin embargo, le pareció extraño que, dada la situación en la que se encontraban, el cabrero quisiera perder tiempo en aquello (124).

El cuerpo-niño atravesado por estas enseñanzas reconstruye su vida: “Bebía porque lo hacía el pastor y porque sentía que, después de su extraño viaje, era otro: el niño que se jugaba la vida por llevarles agua a unas bestias o que apedreaba en la cabeza a un hombre desvalido” (161). Esta construcción disyuntiva evidencia el *hacer vivir* en el niño sobre otros cuerpos y cuyo opuesto animal/hombre se resuelve resguardando a los animales y desechando a los hombres. Una muestra de ello se presenta cuando el niño, luego de escapar de la trampa que le había tendido el tullido en su casa y encontrarlo con su asno en medio de la noche, debe decidir qué hacer con el lisiado:

Mientras perseguía al tullido, sólo había manejado una posibilidad: la de abatirlo, abandonarlo y continuar con el burro y el agua al encuentro del cabrero. Ahora, con el grueso cuerpo a sus pies, tenía que reconsiderar sus opciones. (...) Debía tomar una decisión que salvaría a un hombre y, al tiempo, condenaría a otro a una muerte segura (153-154).

La decisión sobre esa vida, como consecuencia de salvar o poner en riesgo de muerte la propia, lo retrotrae a la figura del alguacil: “Imaginó las piernas del tullido entre los matojos. Pensó en el cabrero, en su padre y, por último, en el alguacil” (155). Esta gradación va desde la figuración de la preservación (cabrero) hacia la de la violencia (alguacil) y focaliza en el orden que imperaba antes de su fuga, quien, no obstante, sigue dominando, puesto que su cuerpo continúa inmerso en la lógica mercantil: tiene un precio para su recuperación y el lisiado es quien lo delata. El niño revela la delación por medio de un papel que profesaba la recompensa a quien brindara información sobre su paradero:

Le palpó la chaqueta y en el bolsillo interior encontró un sobre con tabaco, un mechero y un papel doblado. Lo abrió y lo orientó hacia el crepúsculo. No distinguía el texto, pero sí los tipos gruesos del bando en el que se proclamaba su desaparición. Daban veinticinco monedas a quien aportara información fiable de su paradero (152-153).

Por otro lado, la administración de los cuerpos de los animales también se proyecta en la administración de los *cadáveres* del alguacil y de su ayudante, del tullido y, por último, del viejo.<sup>5</sup> Aquí vale recordar que el viejo exige que el niño entierre los cuerpos: “Como un reflejo turbio, el viejo expresando un mandato ajeno incluso a sí mismo: dar sepultura a los bastardos, buscarles un acomodo a salvo de las fieras a la espera del juicio final” (204). Este mandato ajeno que recae de manera absoluta sobre el niño puesto que solamente él se puede hacer cargo de los cadáveres, debido a la condición moribunda del pastor, hace que se enfrente por primera vez a la muerte de un humano sin mediación. Esto se evidencia cuando encuentra el cuerpo muerto del tullido donde las metáforas sobre la defunción no pueden clausurar ni completar la imagen de ese cadáver:

<sup>5</sup> Siguiendo el planteo de Gabriel Giorgi (2014): “el rito funerario encuentra imagen y cadáver todavía juntos, y lo que hace es, según Harrison, distinguirlos y separarlos, para reenviarlos a temporalidades específicas: entrega el cadáver a los procesos naturales y biológicos, e inicia el proceso de construcción de la *imago* en la memoria de los sobrevivientes, esa ‘imaginary afterlife’ de lo que es, básicamente, la persona finalmente separada del cuerpo” (197-198).



Trató de entender lo sucedido, pero en su cabeza sólo había sitio para la idea de la muerte. Se había enfrentado cientos de veces a ella, casi siempre a través de los sermones del cura. Los egipcios pereciendo a miles bajo las aguas del mar Rojo, Herodes descuartizando a los Santos Inocentes o el mismo Jesús desangrándose camino del Gólgota. Sin embargo, esto era otra cosa y él no sabía qué hacer con ella” (184-185).

Ese cadáver funciona como punto de inflexión y principio de la desfiguración de los cuerpos humanos que circundan al cuerpo-niño, ya que *devenir-animal* opera el borramiento constante de los hombres, por lo que no es casual que sobreviva un niño y los animales, mientras los otros cuerpos terminan siendo cadáveres informes. De esta manera, se presenta así en los cuerpos desmembrados: “A la vista quedaban las cicatrices de sus piernas como las costuras en las patas de los pellejos cargados de vino” (184); cuyos olores predominan ante las formas: “Del interior le llegaron los aromas cárnicos que ya conocía y una ligera pestilencia que no había notado antes” (211); y cuyos rostros se presentan clausurados a toda representación: “Deslizó la arpillera por detrás de la nuca y, cuando creyó que toda la cabeza estaba dentro, desenrolló el saco y lo ciñó al cuello con un cordel” (207).

Eso que excede al cuerpo-niño hace que busque atenuarlo por medio de la concentración y la cremación de los cuerpos:

Lo que el niño hizo a continuación no se lo ordenó el cabrero. Se acercó al alguacil y, con los ojos cerrados, palpó su chaqueta. De un bolsillo interior extrajo el mechero plateado y se lo guardó en la camisa. (...) Cubrió sus cuerpos con trozos de cañizo caídos del techo, la sogá del ayudante y cajas de madera rotas en las que el tullido almacenaba los sifones. (...) Por último, enrolló trozos de saco y estopa en uno de los palos largos de la silla y los aseguró con pita (209).

La decisión por parte del niño de incinerar los cadáveres, aunque de manera inconsciente también forma su *hacer vivir*: al ser esos cuerpos delatores de su fuga y poner en peligro su alejamiento del hogar, el acto de quemarlos es una manera de seguir salvando su vida. Este gesto abre un nuevo modo de existencia que atraviesa el cuerpo-niño y tiene que ver con lo que de ahora en más será su destino: el anonimato. Esa búsqueda de desaparecer los cuerpos de los hombres hace que su propia identidad se forje en el llano. Nuevamente aparece la fundición en el espacio. Ya no existen ni el alguacil, ni su ayudante, ni el tullido, sólo cuerpos anónimos incinerados que terminan siendo parte del paisaje y este gesto se cierra con la muerte del viejo y la sepultura que el niño hace de su cuerpo:

Llenó la sepultura de tierra hasta que la dejó enrasada con el suelo. Repartió la tierra sobrante por los alrededores y lo cubrió todo con pinocha. Pensó que, en un par de horas, la mancha de humedad de las acículas revueltas se habría evaporado y la tumba sería invisible a simple vista. (...) Empezó a rezar un padre nuestro, pero a la mitad comenzó a murmurar hasta que la oración se embarró en sus labios y la dio por terminada (220).

Lo único que queda es la filiación con los animales. El *devenir-animal* se ve intensificado puesto que ese cuerpo-niño se *hace vivir* en comunidad con los animales. Como expresa Gabriel Giorgi, este tipo de alianza “abre un pliegue, una alternativa, otro tiempo (...); es el tiempo del menor, el tiempo de la espera y de la promesa, el tiempo virtual del ‘pueblo por venir’” (2014: 65). Ese tiempo de espera al principio se presenta con el cuerpo del niño en el hoyo, ahora se traduce en el tiempo de espera de aquel destino junto a los animales: “Anduvieron bajo la luna por los caminos llanos y vacíos que conducían al norte. La Estrella Polar servía como guía. A veces se desviaban del rumbo pero, tarde o temprano, siempre

encontraban un sendero que les volvía a dirigir hacia su destino” (221). Es allí donde encuentra su lugar de pertenencia y donde la administración de esos cuerpos (incluido el suyo) configuran nuevos modos de vivir.

## Conclusión

A través del recorrido de lectura realizado he buscado evidenciar cómo la niñez, lejos de representarse de manera velada como sucedía en el siglo XIII, en la actualidad y como consecuencia de su constante cosificación no puede representarse sino de una forma radicalizada: fuera de la sociedad y atravesada por la ambivalencia con lo animal. En *Intemperie* (2014) esa radicalización surge de la violencia ejercida sobre el cuerpo-niño como objeto de mercancía, de deseo y de disciplina.

Es importante destacar que la única manera de poder obturar dicha violencia es por medio del *devenir-animal* que funciona como mecanismo de desfiguración y de filiación que hace que la vida del niño se reconfigure hasta el punto de ingresar en el anonimato como derivación de su *hacer-vivir*. El niño “de afuera” como algo impensable se abre a nuevos modos de existencia por medio del devenir y se empodera del resguardo de sí y de aquellas vidas que se deben futurizar: los animales.

El borramiento completo de los límites entre el cuerpo y el espacio y la filiación con otros cuerpos no humanos como una alternativa de comunidad nueva, nos coloca en un lugar incómodo para nombrar la niñez y es allí donde radica la importancia de este trabajo: en no poder decirle si no es a través de la cuestión animal. Es por eso que pensarla atravesada por el *devenir-animal* permite volver nuestra mirada hacia ella, cuestionar los modos con los que se aborda y replantear otros nuevos en los cuales la objetivación, símbolo máximo de violencia contra el niño, sea completamente erradicada.

## Referencias bibliográficas

- Ariès, P. (1987), “Capítulo II”. En *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid, Taurus.
- Barthes, R. (1978), *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Benítez, M. (2014), “Ese particular interés por el niño”. *Periódico de Freudiana*. 3 (3): <http://www.freudiana.com.ar/wp-content/uploads/2014/04/Pdf-3.pdf> (24-08-2017).
- Bourdieu, P. (2000), *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Carrasco, J. (2014), *Intemperie*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Corominas, P. (1983), *Diccionario ilustrado Latino-Español Español-Latino*. Barcelona: Vox Bibliograf.
- Cortés, J.M.G. (2014), “El cuerpo de la ciudad: Mapas del deseo”. En *Desobediencias: Cuerpos disidentes y espacios subvertidos en el arte en América Latina y España: 1960-2010*. Madrid: Editorial EGALES, 93-185.
- De Berceo, G. (2007), *Los Milagros de Nuestra Señora*. Biblioteca Gonzalo de Berceo: <http://www.bibliotecagonzalodeberceo.com/tesis/milagros.pdf> (20-06-2016).
- Foucault, M. (2001), *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Fumis, D. (2012), “Ficciones de familia: el cuerpo de la infancia. Notas sobre *El palomo cojo* de Eduardo Mendicutti” en Cristófalo, A. (Dir.) *Actas del V Congreso Internacional de Letras*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA): <http://2012.cil.filo.uba.ar/sites/2012.cil.filo.uba.ar/files/0169%20FUMIS,%20DANIE%20LA.pdf> (05-07-2016).

- Giorgi, G. (2014), *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Moliner, M. (2008), *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Repila, I. (2013), *El niño que robó el caballo de Atila*. Barcelona: Libros del silencio.
- Rivas, M. (2010), “La lengua de las mariposas”. En *¿Que me quieres amor?* Vigo: Editorial Galaxia, 20-39.
- Schérer, R. y Hocquenghem, G. (1979), *Álbum sistemático de la infancia*. Barcelona: Anagrama.